

UNA NUEVA LUZ SOBRE EL SIGNIFICADO DEL TRABAJO

MARIA HELENA DA GUERRA PRATAS
Instituto de Educación y Ciencias (Lisboa)

El trabajo, participación en la obra creadora y redentora

«Santificar el trabajo, santificarse en el trabajo, santificar con el trabajo»: así sintetiza san Josemaría Escrivá el mensaje que vino a transmitir al mundo, por querer de Dios. Y sigue, describiendo el espíritu del Opus Dei al que ha dedicado su vida: «... se apoya, como en su quicio, en el trabajo ordinario, en el trabajo profesional, ejercido en medio del mundo»¹.

Este camino de santificación del trabajo profesional y del cumplimiento de los deberes cotidianos del cristiano se aplica a todos, hombres o mujeres. Es idéntica la vocación a la santidad y al apostolado en todos los ámbitos de la actividad humana. Dios se dirige a todos: a cada uno llama a la santidad, a cada uno pide amor.

Una de las bases de la antropología cristiana está recogida en el principio bíblico de que el hombre y la mujer fueron creados a imagen y semejanza de Dios (Gen 1, 26). El capítulo primero del libro del Génesis revela también que les fue confiada una tarea común caracterizada por un doble aspecto: la familia y el dominio del mundo; este dominio se realiza precisamente por medio del trabajo profesional. Es, pues, en el Génesis donde el Fundador del Opus Dei encuentra el fundamento de la doctrina que Dios quiso que difundiera a toda la humanidad: la llamada universal a la santidad a través del trabajo y del cumplimiento de los propios deberes familiares y sociales. Para un cristiano, «el trabajo aparece como participación en la obra creadora de Dios, que, al crear al hombre, lo bendijo diciéndole: “Procread y multiplicaos y henchid la tierra y sojuzgadla, y dominad en los peces del mar, y en las aves del cielo, y en todo animal que se mueve sobre la tierra” (Gen 1, 28). Porque, además, al haber sido asumido por Cristo, el

1. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Es Cristo que pasa*, Rialp, Madrid, n. 45.

trabajo se nos presenta como realidad redimida y redentora: no sólo es el ámbito en el que el hombre vive, sino medio y camino de santidad, realidad santificable y santificadora»². Éste es el designio divino original: hombre y mujer, conjuntamente, están llamados a continuar la obra creadora, poblando la tierra y gobernándola; y la obra redentora, reconduciendo a Cristo todas las realidades, colocándole en la cumbre de toda actividad humana.

Cualquier profesión honesta puede ser trabajo de Dios, Obra de Dios. El trabajo acompaña inevitablemente la vida del hombre sobre la tierra. Con él aparecen el esfuerzo, la fatiga, el cansancio, que son manifestaciones del dolor y de la lucha que forman parte de la existencia humana, y signos de la realidad del pecado y de la necesidad de la redención. Pero el trabajo en sí mismo no es una pena, ni una maldición o un castigo: «Es hora de que los cristianos digamos muy alto que el trabajo es un don de Dios, y que no tiene ningún sentido dividir a los hombres en diversas categorías según los tipos de trabajo, considerando unas tareas más nobles que otras. El trabajo, todo trabajo, es testimonio de la dignidad del hombre, de su dominio sobre la creación. Es ocasión de desarrollo de la propia personalidad. Es vínculo de unión con los demás seres, fuente de recursos para sostener a la propia familia; medio de contribuir a la mejora de la sociedad, en la que se vive, y al progreso de toda la Humanidad»³.

El hombre ha sido creado para trabajar (cfr. Gen 2, 15) y trabajo y familia están íntimamente unidos en el designio creador y redentor de Dios sobre el ser humano. Son tarea común del varón y de la mujer, llamados a contribuir conjuntamente para la edificación de una cultura de acuerdo con la dignidad de la persona humana⁴.

En la base de esta espiritualidad se encuentra una antropología, una teología y una espiritualidad sorprendentemente innovadoras. «Lo que he enseñado siempre (...) es que todo trabajo humano honesto, intelectual o manual, debe ser realizado por el cristiano con la mayor perfección posible: con perfección humana (competencia profesional) y con perfección cristiana (por amor a la voluntad de Dios y en servicio de los hombres). Porque hecho así, ese trabajo humano, por humilde e insignificante que parezca la tarea, contribuye a ordenar cristianamente las realidades temporales —a manifestar su dimensión divina— y es asumido e integrado en la obra prodigiosa de la Creación y de la Redención del

2. Ibid., n. 47.

3. Cfr. Ibid.

4. Cfr. CASTILLA, B., «Consideraciones sobre la antropología “varón-mujer” en las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá», *Romana*, Estudios 1985-1996, Roma 1997, pp. 365-382.

mundo: se eleva así el trabajo al orden de la gracia, se santifica, se convierte en obra de Dios, *operatio Dei, opus Dei*»⁵.

Presencia de la mujer en el mundo del trabajo

El Fundador del Opus Dei no dedica ninguna de sus obras específicamente al tema de la mujer. Sin embargo, en diversas ocasiones se refiere a la presencia femenina en la vida social, exponiendo de un modo bastante amplio las líneas principales de su pensamiento sobre el papel de la mujer en la familia, en la sociedad, en el mundo del trabajo, en la Iglesia. La importancia dada a estas cuestiones, así como las ideas feministas, crecía en los años sesenta. Adquiriría especial relieve el tema de la misión de la mujer en la sociedad. Se reivindicaban posiciones de igualdad de oportunidades en el acceso al trabajo, al ejercicio de una profesión fuera del hogar, contraponiendo esta legítima aspiración a la dedicación a la familia, hasta entonces considerada, en gran parte, su función.

San Josemaría afirmaba no ver ninguna razón para hacer cualquier tipo de distinción o discriminación con respecto a la mujer. Todos —hombres y mujeres— participan por igual de una común dignidad, libertad y responsabilidad. Insistía en la unidad radical que ya san Pablo enseñaba a los primeros cristianos (cfr. Gal 3, 27-28). Sabía bien que esta posición encontraría resistencia en algunas mentalidades, pero acreditaba que esas reticencias irían cayendo poco a poco. A sus ojos, la igualdad esencial entre el hombre y la mujer reclama precisamente que se sepa captar el papel complementario del uno y del otro en el progreso de la sociedad civil, pues no en vano los creó Dios hombre y mujer. Ambos se deben sentir justamente protagonistas de la historia, pero de forma complementaria⁶.

Podemos considerar que san Josemaría fue pionero, también en el tema de la mujer. Efectivamente defendió, como pocas personas lo harían en su época, su importante misión en todos los ámbitos de la vida civil y eclesial. Pero lo hizo no sólo en teoría, sino sobre todo en la práctica. Abrió panoramas inexplorados de intervención femenina en todas las profesiones y situaciones de la vida social, impulsó y animó las mujeres del Opus Dei a llevar a cabo aventuras apasionantes de transformación de la vida social y cultural en países de todo el mundo.

5. Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, Rialp, Madrid, n. 10.

6. Cfr. Ibíd. Afirma así, con decenas de años de antelación, lo que vendría a decir el Concilio Vaticano II en el Decreto sobre el Apostolado de los Laicos (*Apostolicam Actuositatem*, n. 9).

Afirma inequívocamente la igualdad de dignidad de hombres y mujeres, pero aclara que ello no significa uniformidad. Lejos de suprimir las diferencias, la igualdad exige y ennoblece la diversidad: «Junto con aquello que tiene en común con el hombre, la mujer lleva a la familia, a la sociedad civil, a la vida de la Iglesia, algo peculiar, algo que le es propio y que sólo ella puede dar: su delicada ternura, su generosidad incansable, su agudeza de ingenio, su capacidad de intuición, su piedad profunda y sencilla, su tenacidad»⁷. Ignorar esta realidad empobrecería a las mujeres y a toda la sociedad, deformando o frustrando la singular riqueza y el valor tanto de la femineidad como de la masculinidad, y sería contrario al designio del Creador, que dio a ambos –hombre y mujer– características propias e insustituibles.

Consideraba la presencia femenina en el conjunto de la vida social un fenómeno natural y totalmente positivo y defendía que una sociedad moderna, democrática, debe reconocer a la mujer el derecho a participar activamente en todos los ámbitos del trabajo y de la vida pública a todos los niveles, y crear las condiciones favorables para ello. En este sentido –decía– no se pueden designar tareas específicas de la mujer. Lo específico en este terreno viene dado no tanto por la tarea o por el puesto, como por el modo de realizar esa función, por los matices que su condición de mujer encontrará para la solución de los problemas con que se enfrente, e inclusivamente por la descubierta y por la formulación de estos problemas.

La presencia de la mujer puede enriquecer mucho la vida de la sociedad por las dotes naturales que le son propias. Ella posee una sensibilidad específica hacia la persona humana y hacia todo lo que constituye su verdadero bien. Puede tener una aportación decisiva, especialmente en el amplio campo de la legislación familiar y social. Las cualidades femeninas son la mejor garantía –afirmaba– de que serán respetados los auténticos valores humanos y cristianos en el momento de tomar decisiones que afecten de algún modo a la vida de la familia, el ambiente educativo, el futuro de los jóvenes⁸.

También en estas convicciones, san Josemaría anticipa lo que el Magisterio vendría a decir. Juan Pablo II, en la Exhortación Apostólica sobre la Vocación y Misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo, resalta que la Iglesia y la sociedad esperan de la mujer una particular aportación, en concreto, a asegurar la dimensión moral de la cultura, es decir, la dimensión de una cultura digna del hombre, de su vida personal y social. Son inmensas las posibilidades y las responsabilidades de la

7. *Ibíd.*, n. 87.

8. *Cfr. ibíd.*, n. 90.

mujer en este campo, en una época en que el progreso de la ciencia y de la técnica no siempre es inspirado y pautado por la verdadera sabiduría, con el riesgo inevitable de deshumanizar la vida humana, sobre todo cuando ésta exige un amor más intenso y generoso⁹.

El Fundador del Opus Dei consideraba que la mujer tenía una especial capacidad de crear y difundir a su alrededor, en su hogar, o en el ambiente profesional y en la sociedad, un clima familiar, de servicio y entrega a los demás, empezando por los que le están más cercanos: al hacerlo, ella realiza lo más insustituible de su misión. Le atribuye una especial capacidad para la humanización de las relaciones sociales, para una particular atención a las necesidades de las personas concretas¹⁰. Sin embargo, la realización de estas capacidades exige esfuerzo, lucha, abnegación, por parte de todos, hombres y mujeres, dispuestos a dar vida a una nueva cultura, marcada por la comprensión, el amor, la entrega y una actitud de servicio recíproca, que Dios inscribió en el corazón de cada uno¹¹. Aclaraba que no le parecía oportuno contraponer la dedicación a la familia y la posibilidad de influencia en la sociedad. Aunque siempre enseñó que a la mujer deberían abrirse todas las profesiones, reconocía, sin embargo, que la dedicación a los quehaceres familiares tiene una enorme repercusión humana y social. Precisamente porque la familia es la célula básica de la sociedad, el trabajo en el hogar es absolutamente decisivo en la edificación de la misma¹². El trabajo que la mujer realiza en la familia tiene tal trascendencia, que es precisamente el servicio más grande prestado a la humanización de la persona.

La contribución insustituible de la mujer como madre y educadora es muchas veces ignorada o minimizada por consideraciones de orden económico, o profesional, sin tener debidamente en cuenta el importante rol social que desempeña. Se desprecian con frecuencia las tareas del hogar, que son vistas como rutinarias, como un obstáculo a la realización de la mujer, cuando, en realidad, puede haber monotonía en todo tipo de tareas: de la oficina al laboratorio, existe una fría y gris repetición, pues prácticamente todos los trabajos requieren la ayuda de la técnica para su realización. Pero no existe monotonía, si el trabajo no se realiza sólo mecánicamente, sino dando lugar a la reflexión, a la contemplación, al pensamiento sereno que redime el trabajo diario¹³.

9. Cfr. JUAN PABLO II, *Christifideles laici*, n. 51.

10. Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, cit., n. 87. Cfr. URBANO, P., *El hombre de villa Tevere. Los años romanos de Josemaría Escrivá*, Plaza y Janes, Madrid 1991, p. 62.

11. Cfr. JUAN PABLO II, *Mulieris dignitatem*, n. 18.

12. Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, cit., n. 87.

13. Cfr. SASTRE, A., *Verdad de la mujer*, Palabra, Madrid 1968, p. 100.

Contra el error, tan difundido, de contraponer las tareas familiares a la posibilidad de proyección social de la mujer, enseñaba que la proyección social no es sino darse a los demás con sentido de entrega y de servicio y contribuir eficazmente para el bien de todos. De ese modo, el trabajo de la mujer en la familia no es sólo una función social, sino que puede ser fácilmente la función social de más proyección¹⁴.

Trabajar, servir, amar

San Josemaría Escrivá, además del aprecio humano que tenía por cualquier trabajo, lo valoraba especialmente por su trascendencia en el plano sobrenatural. No hay tareas grandes o pequeñas, decía: «... todas son grandes si se hacen por amor». Las que son consideradas como tareas importantes quedan disminuidas cuando se pierde el sentido cristiano de la vida. Le gustaba repetir que la «dignidad del trabajo está fundada en el Amor. El gran privilegio del hombre es poder amar, trascendiendo así lo efímero y lo transitorio (...). Por eso el hombre no debe limitarse a hacer cosas, a construir objetos. El trabajo nace del amor, manifiesta el amor, se ordena al amor»¹⁵.

Éste era verdaderamente el *secreto* que Dios le había pedido que proclamase a voces por todos los caminos de la tierra: el valor de un trabajo se mide, no por criterios materialistas, sino por el amor –a Dios y a los demás– con que se realiza, por el espíritu de servicio que lo impregna. Al desarrollar una nueva teología del trabajo, el Fundador del Opus Dei trajo al mundo una luz potente que posibilita una comprensión profunda de su significado en la vida cristiana.

El profundizar en el valor y en el significado más auténtico del trabajo elimina en su misma raíz, cualquier posible discriminación entre las diversas profesiones.

Esta nueva luz sobre el significado del trabajo, ayuda a superar también la mentalidad según la cual tienen más relieve las tareas que se realizan fuera del hogar, que aquellas que se llevan a cabo en el seno de la familia. Esta mentalidad no ha sido todavía superada, en muchos casos, por superficialidad, pero también por el espíritu individualista y materialista que impregna la sociedad de nuestro tiempo. El rechazo del servicio coincide con la exaltación práctica del egoísmo, que es, en realidad, la más grande amenaza a la realización personal, tanto de la mujer

14. Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, cit., n. 89.

15. ÍD., *Es Cristo que pasa*, cit., n. 48. Cfr. *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, cit., n. 109.

como del hombre, que no se pueden encontrar plenamente sino por un don sincero de sí mismos¹⁶.

Santificar el trabajo significa varias cosas: significa trabajar bien, con seriedad humana y sobrenatural; significa adquirir un sólido prestigio profesional, fundado sobre la responsabilidad de ser ejemplares en el trabajo y de hacer rendir los propios talentos para el bien de las personas y de la sociedad. Significa un serio esfuerzo por cultivar las virtudes, a todos los niveles: técnico, intelectual y moral, en el plano humano y en el plano sobrenatural. Y significa, además, trabajar con el deseo de servir, de realizar todas las tareas con amor y por amor a Dios y a los hombres.

Devaluar el servicio a los demás demuestra una actitud poco humana y poco madura, mientras que descubrir el amor que encierra un detalle de servicio es auténtica sabiduría. Servir significa, pues, amar con obras: un amor que prefiere los actos a las palabras. Ésta es la verdadera solidaridad hacia la persona humana, como alienta el actual Prelado del Opus Dei y Gran Canciller de esta Universidad¹⁷.

El espíritu de servicio cambia radicalmente la jerarquía de valores sobre los cuales tiende a construirse la sociedad. Hay que alterar la mentalidad contemporánea, cuyos ídolos son el lucro, el provecho, la fama. ¡Qué pobre sociedad, la que sólo piensa en el tener, cuando es mucho más importante el ser que el tener! Lo radical, la raíz de la dignidad de la persona reside no en lo que posee, sino en lo que es.

Lo que da valor a un trabajo es el amor con que se realiza, el descubrir la trascendencia de cada actividad humana. San Josemaría animaba a transformar la prosa diaria en verso heroico, por el amor, por la descubierta de ese «algo» divino que encierra cada instante: «... esa tarea vulgar –igual que la que realizan tus compañeros de oficio– ha de ser para ti una continua oración, con las mismas palabras entrañables, pero cada día con música distinta. Es misión muy nuestra transformar la prosa de esta vida en endecasílabos, en poesía heroica»¹⁸.

16. Cfr. JUAN PABLO II, *Mulieris dignitatem*, n. 7; CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, n. 24; BURGGRAF, J., «Para un feminismo cristiano. Reflexiones sobre la Carta Apostólica *Mulieris dignitatem*», *Romana*, estudios 1985-1996, Roma 1997, p. 106. En este documento (*Mulieris dignitatem*) Juan Pablo II desarrolla muchos aspectos que san Josemaría afirmara muchos años antes.

17. Cfr. ECHEVARRÍA, J., *L'Osservatore Romano*, 9-1-2002. Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, Homilía «Trabajo de Dios», en *Amigos de Dios*, Rialp, Madrid.

18. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Surco*, Rialp, Madrid, n. 500; cfr. también *Es Cristo que pasa*, cit., nn. 48-52.

Contemplando a Jesús, María y José

El trabajo profesional es el quicio, el eje de la santificación del cristiano corriente, según el espíritu del Opus Dei. Se funda directamente en el ejemplo de Cristo, el Verbo encarnado, quien durante la casi totalidad de su vida terrena trabajó como artesano en Nazaret, en el taller de José. Esto es algo nuevo en la historia de la espiritualidad cristiana: «Hemos venido a llamar de nuevo la atención sobre el ejemplo de Jesús que, durante treinta años, permaneció en Nazaret trabajando, desempeñando un oficio»¹⁹. A esa luz se ilumina no sólo la vida escondida de Cristo, sino principalmente la de todo cristiano corriente y se hacen divinos todos los caminos de la tierra. Cada cristiano está llamado a ser Cristo, a identificarse con Cristo, convirtiendo su trabajo, su vida en familia, las relaciones familiares y sociales en un quehacer divino, para así santificarse y contribuir a la santificación de los demás. «Imitamos la vida oculta de Jesucristo —escribe el Fundador— y, por eso, llevando dentro una gran luz, un fermento de fecunda novedad, sin rarezas (...) procuramos santificar la vida ordinaria: el trabajo, la amistad, la familia, los afanes nobles del mundo, la edificación de la sociedad temporal»²⁰. Lo aprende de Jesucristo y de la contemplación de la familia de Nazaret. No es, la suya, una doctrina desencarnada, teórica, sin vida, sino fruto de un amor apasionado que intenta penetrar y conocer hondamente a los que ama: «Señor, concédenos tu gracia. Ábrenos la puerta del taller de Nazaret, con el fin que aprendamos a contemplarte a Ti, con tu Madre Santa María, y con el Santo Patriarca José —a quien tanto quiero y venero—, dedicados los tres a una vida de trabajo santo. Se removerán nuestros pobres corazones, te buscaremos y te encontraremos en la labor cotidiana, que Tú deseas que convirtamos en obra de Dios, obra de Amor»²¹.

En la homilía que tituló *En el taller de José*, explica que siente por el Santo Patriarca una devoción especial porque su vida fue sencilla, normal y ordinaria, hecha de años de trabajo siempre igual, de días humanamente monótonos, que se suceden los unos a los otros y, sin embargo, llena de un inmenso valor sobrenatural²².

Le enamoraba pensar en cómo sería el trabajo de la familia de Nazaret: bien realizado, con espíritu de servicio, lleno de amor, de amis-

19. ÍD., *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, cit., n. 55; cfr. también *Surco*, cit., n. 485. Cfr. RODRÍGUEZ, P., *Vocación, trabajo, contemplación*, EUNSA, Pamplona 1987, pp. 183-186.

20. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Carta 6-V-1945*, n. 10, citado por ARANDA, A., «Identidad cristiana y configuración del mundo», en *La grandezza della vita quotidiana* (vol. I), Università della Santa Croce, Roma 2002, p. 193; cfr. *ibíd.*, pp. 183-195.

21. ÍD., *Amigos de Dios*, cit., n. 72.

22. Cfr. ÍD., *Es Cristo que pasa*, cit., n. 44.

rad y de alegría. Comenta, meditando sobre san José: «... era su labor profesional una ocupación orientada hacia el servicio, para hacer agradable la vida a las demás familias de la aldea, y acompañada de una sonrisa, de una palabra amable, de un comentario dicho como de pasada, pero que devuelve la fe y la alegría a quien está a punto de perderlas»²³.

Cada uno de nuestros días, la labor, en apariencia corriente, que llevamos a cabo, tiene un valor divino, si lo transformamos en ocasión de amar: «Los días parecen iguales, incluso monótonos... Pues bien: ese plan, aparentemente tan común, tiene un valor divino; es algo que interesa a Dios, porque Cristo quiere encarnarse en nuestro quehacer, animar desde dentro hasta las acciones más humildes (...) tomad ocasión de ahí para decirle a Jesús que lo adoráis, y estaréis siendo contemplativos en medio del mundo, en el ruido de la calle: en todas partes. Ésa es la primera lección, en la escuela del trato con Jesucristo. De esa escuela, María es la mejor Maestra, porque María mantuvo siempre esa actitud de fe, de visión sobrenatural, ante todo lo que sucedía a su alrededor: “guardaba todas esas cosas en su corazón ponderándolas” (Lc 2, 51)»²⁴. Santa María, Madre de Dios y Madre de los hombres, es no sólo modelo, sino también prueba del valor trascendente que puede alcanzar una vida aparentemente sin relieve, decía²⁵.

Tenía un particular cariño y predilección por las tareas del hogar, que encaraba como una profesión de gran trascendencia humana y social. Le gustaba recordar que había sido ése el trabajo de Santa María, a quien amaba con locura. Quizá por ese motivo, a las personas que se dedicaban profesionalmente a esa actividad, les decía que tenían un lugar especial en el corazón de Dios: «Las que trabajáis en esos puntos neurálgicos de apariencia oscura, imitáis especialmente al Señor en sus treinta años de vida oculta, santificando un oficio común, de artesano; y a Santa María, la Madre de Dios, que dedicó la vida entera a esas tareas profesionales que pasan inadvertidas»²⁶.

La contemplación de María de Nazaret proyecta luz sobre la mujer en cuánto tal. Así como solamente Cristo manifiesta el hombre al propio hombre y le revela su altísima vocación²⁷, así también, es mirando a María cómo se puede entrever la dignidad y la vocación de la mujer, la esencia de la femineidad y descubrir la riqueza y la verdadera dignidad de la humanidad femenina. Este descubrimiento debe penetrar

23. *Ibíd.*, n. 51.

24. *Ibíd.*, n. 174.

25. Cfr. *Íd.*, *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, cit., n.87.

26. *Íd.*, *Carta*, 19-VII-1967, citado en SASTRE, A., *Verdad de la mujer*, cit., pp.109-110.

27. Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, n. 22.

continuamente en el corazón de cada mujer y plasmar su vocación y su vida, según afirma también Juan Pablo II²⁸.

San Josemaría ponía a la Madre de Dios como modelo: «Procura imitar a la Virgen, y serás hombre —o mujer— de una pieza»²⁹. Precisamente porque el núcleo de su mensaje es la santificación de la vida cotidiana, aprende de ella especialmente en los pequeños detalles, que podrían pasar inadvertidos a una mirada menos atenta. Comenta, por ejemplo, a propósito de las bodas de Caná: «María advierte que falta el vino. Se da cuenta Ella sola, y en seguida»³⁰. De nuestra Madre aprendemos a santificar la aparente pequeñez de una vida corriente:

«María santifica lo más menudo, lo que muchos consideran erróneamente como intrascendente y sin valor: el trabajo de cada día, los detalles de atención hacia las personas queridas, las conversaciones y las visitas por motivo de parentesco o de amistad. ¡Bendita normalidad, que puede estar llena de tanto amor de Dios!

Porque eso es lo que explica la vida de María: su amor. Un amor llevado hasta el extremo, hasta el olvido completo de sí misma, contenta de estar allí, donde la quiere Dios, y cumpliendo con esmero la voluntad divina. Eso es lo que hace que el más pequeño gesto suyo, no sea nunca banal, sino que se manifieste lleno de contenido. María, Nuestra Madre, es para nosotros ejemplo y camino»³¹.

¡Que la Virgen María, Madre del Amor Hermoso, nos ayude a crecer en el amor, para transformar en verso heroico la prosa de cada día!

28. Cfr. JUAN PABLO II, *Mulieris dignitatem*, nn. 5 y 11.

29. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Surco*, cit., n. 443.

30. *Id.*, *Es Cristo que pasa*, cit., n. 140.

31. *Ibíd.*, n. 148.